PÁGINAS LITERARIAS

El patrón

(Paráfrasis)

En una isla perdida en el océano
la suerte colocó,
un grupo de hombres jóvenes y fuertes
bajo el aliento cálido del sol.
Cuatro eran labradores de la tierra,
el quinto era el patrón
y decía á los otros con orgullo:
¿Quién os mantiene? ¡Yo!

Sí, respondían ellos enjugando
las fuentes del sudor
—llenos de gratitud honda y sumisa,—
poniendo suavidades en la voz—
¿Qué haríamos nosotros sin tu amparo,
bondadoso señor?

Y ellos se alimentaban de polenta
y cebolla. El arado con la hoz,
eran sus infaltables compañeros
desde la madrugada á la oración;
cultivaban la vid y los trigales
y los *otros ganados* del señor.

Una vez el hartazgo y la molicie
mataron al patrón
y los cuatro labriegos se encontraron
solos á su capricho. ¿Y qué pasó?
Que el pan—antes vedado—dió á sus cuerpos
desusado vigor,
y la carne y el vino fueron suyos
como suyo era el sol.

Entonces, trabajando mucho menos
y comiendo mejor,
palparon su derecho y comprendieron
la verdad de su antigua situación.
Eran ellos, más bien, los protectores
del holgazán que siempre los mandó.

¡Qué bestias hemos sido!, se dijeron
al recibir la luz de la razón...
y libres, y felices continuaron
la emprendida labor.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

Los bueyes

¡Va Victis!

Van con su lento andar; estremecidas
las musculosas testas, bruscamente
bajo el yugo oprobioso; las enormes
pupilas en las órbitas se mueven
con una triste lentitud y nada
pone viveza en ellas: permanecen
clavadas en el suelo y nada miran
sino la senda misma y nada advierten
sino el tropiezo próximo: ellos saben
cuán dolorosa es la caída siempre
y cómo aumenta ese dolor el hierrro
de la aguzada pica introduciéndose
en su trémula carne atormentada.
De los hocicos jadeantes, penden
brillantes hilos que en el blanco polvo
trazan complejas curvas que parecen
los misteriosos signos con que escriben
estos desheredados de la suerte,
en la página inmensa del camino,
la mísera odisea de sus crueles
marchas interminables á lo largo
de una ruta sin fin.

***

Los tardos bueyes
son los esclavos del trabajo: nunca
sus formidables nervios estremece
la conmoción del goce, ni el espasmo
de la pasión, ni el súbito deleite
del ardoroso amor.
Ellos ignoran
todo lo que es placer, y no apetecen
sino un puñado mísero de pasto
para calmar el hambre de su vientre.

***

No juegan, el dolor los tornó graves.
No retozan, están muy tristes siempre.
Cuando al clarear el alba los pastores,
se van con su ganado al campo verde,
los ternerillos brincan de alegría,
los potros riñen amorosamente
con las jóvenes yeguas, las ovejas
—que miran como miran las mujeres—
van en nutridos grupos jugueteando
por el ancho sendero hasta perderse
tras la silueta de una loma,—sólo
los pensativos, los adustos bueyes
andan con lento andar, las poderosas
cabezas inclinadas tristemente,
como si aún pesara sobre ellas
el humillante yugo...

***